

Pasión, muerte y resurrección de Maximiliano

En palabras de Alfonso Reyes, Maximiliano “despierta hoy la compasión de todos, no su perdón”. Poemas, novelas, cuadros han intentado descifrar su drama personal, su papel en la historia mexicana. Este mes se cumplen ciento cincuenta años de su fusilamiento.

El archiduque en el cerro de las letras

ADOLFO CASTAÑÓN

*para Socorro y
Fernando del Paso*

E

L 19 DE JUNIO DE 1867, en el cerro de las Campanas, a las afueras de Querétaro, tuvo lugar un episodio que fascinó a escritores de distintas generaciones, de Juan A. Mateos a Fernando del Paso. Recuerda Rodolfo Usigli que el fusilamiento de Maximiliano fue recuperado por Mateos en uno de los volúmenes de *La intervención y el Imperio*, y por Rafael López en “un magnífico soneto” que, según Usigli, pierde verdad en el remate:

miento de Maximiliano fue recuperado por Mateos en uno de los volúmenes de *La intervención y el Imperio*, y por Rafael López en “un magnífico soneto” que, según Usigli, pierde verdad en el remate:





Ilustración: LETRAS LIBRES / Fernando del Villar

Vino el hermoso príncipe. Rubio, ojiazul, de frente lisa —página en blanco que no enturbia un dolor. Luenga y en dos partida la barba, fluvialmente desborda sobre el pecho su dorado esplendor.

La cruz de Guadalupe, de heráldica incipiente, brilla en los besamanos y en las fiestas de honor. Las damas, al tedeum de catedral. La gente rica y boba corea: “Viva el emperador.”

Pobre Max. Solo queda de la ciega aventura que llevan de la mano la muerte y la locura, una canción burlesca, cinco balas de plomo que motean de humo la mañana estival.

Y objetos empolvados en el museo, como viejas decoraciones de una farsa teatral.¹

33

LETRAS LIBRES
JUNIO 2017

Se puede trazar una breve genealogía del fusilamiento en las letras: en la semana santa de 1878 se puso en escena *Maximiliano emperador de México*, un drama en cuatro actos escrito por el empresario italiano L. Gualteri² y recibido con frialdad por el público. Están *Juárez y Maximiliano*, la ópera de Franz Werfel —traducida por Enrique Jiménez Domínguez y publicada con un epílogo de Puig Casauranc—, las aproximaciones vacilantes de Julio Jiménez Rueda en *Miramar. El rival de su mujer* y Miguel N. Lira en *Carlota en México* —que para Usigli es “casi una conversación entre sirvientes”—, el *Segundo Imperio* de Agustín Lazo y, desde luego, la imprescindible *Corona de sombra*, la ambiciosa “pieza antihistórica en tres actos y once escenas” de 1943, y *Prólogo después de la obra*, ambas de Usigli. Años más tarde, Fernando del Paso recreó con gran destreza literaria la escena en *Noticias del Imperio* (1987), en el capítulo “Ceremonial para el fusilamiento de un emperador”.³ Antes, en 1969, Rafael F. Muñoz escribió “‘algo’ sobre Maximiliano para el cine”, un libreto titulado *Traición en Querétaro*, donde, además de recrear y poner en escena a los personajes, expone su opinión juiciosa sobre los hechos: “Maximiliano estaba perdido: le faltó México.” Estaba solo, no lo apoyaron ni los conservadores ni los franceses y su nobleza y dignidad solo tenían una salida:

A Maximiliano le repugnaba la sola idea de la huida. Romper el sitio sin rumbo fijo equivale a huir. Huir no era lo que debía hacer un príncipe de Austria. ¿Huir?,

¹ Rafael López, *Obra poética*, prólogo y texto al cuidado de Alfonso Reyes, Guanajuato, Editorial de la Universidad de Guanajuato, 1957, p. 110.

² Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México 1538-1911*, prólogo de Salvador Novo, tomo II, Ciudad de México, Porrúa, 3ª ed., 1961, p. 998.

³ “Ceremonial para el fusilamiento de un emperador” en *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso, prólogo de Hugo Gutiérrez Vega y Elmer Mendoza, Ciudad de México, FCE, 2016, pp. 684-695.

¿a qué?, ¿a dónde? A una serranía estéril e inhóspita. Iría, cuando menos, a la angustia, quizás a la muerte. ¿Qué era mejor, entonces? Buscar y, de ser posible, encontrar la manera de que aquella pesadilla que para él fue siempre un imperio en peligro se acabara en la mejor, la más digna forma posible.

[...] Maximiliano no quiso huir. No huiría del enemigo que lo había tenido a tiro de cañón durante varias semanas. No huiría de la ciudad que, a pesar de las privaciones y miserias que había sufrido, podría ser considerada imperialista. Si hubiera querido huir de los que le habían vuelto la espalda, como Leonardo Márquez y los falsos aristócratas que llenaron sus bolsillos de oro y que, a la hora de la determinación, no dieron un centavo para ayudar al imperio...

Cayó cediéndole el lugar de honor a su aliado y colaborador Miguel Miramón, no sin antes decir: “Mexicanos, voy a morir por una causa justa. ¡Quiera Dios que mi sangre haga la felicidad de mi nueva patria. ¡Viva México!”⁴

Dispuso que le dispararan al pecho para que sus restos fueran embalsamados y llevados a la Cripta Imperial en Viena en la Iglesia de los Capuchinos, donde lo volvería a ver su hermano Francisco José y más tarde lo visitaría Rubén Darío, que en una crónica escribió: “aquí reposa, en la paz de la muerte, el que estaba destinado a seguir la corona de los emperadores de Austria y de los reyes de Hungría”.⁵ Entre el 16 de mayo y el 19 de junio, Maximiliano pasó un mes bajo la sombra de la muerte y las zozobras del proceso. Tuvo tiempo para tomar medidas para que su cadáver fuera embalsamado y llevado a Europa, para pedir que se eligiesen buenos tiradores que no le diesen en la cara, porque –como escribió Conte Corti– “no está bien que un emperador se revuelque en el suelo en las convulsiones de la muerte”. Puede pensarse que murió dos veces, pues la sentencia fue aplazada del 16 al 19 de junio. El barón de Magnus le pidió a Juárez en un telegrama “que no se le hiciese morir una segunda vez”. Desde San Luis, Juárez no cedió.

Lord Acton describe en *Surgimiento y caída del Imperio mexicano* lo que siguió después:

A las seis de la mañana del jueves 19 de junio fue conducido hacia la fatalidad que no había merecido. Su último acto antes de ir hacia el lugar de la ejecución fue a escribir la siguiente carta a su implacable

⁴ Hay varias versiones de las últimas palabras de Maximiliano, véase la biografía de Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, traducción de Vicente Caridad, Ciudad de México, FCE, 2003, pp. 591-592.
⁵ Rubén Darío, *Tierras solares*, edición, introducción y notas de Noel Rivas Bravo, Managua, Asamblea Nacional, 2015, pp. 192-193.

conquistador: “Renuncio a mi vida voluntariamente, si el sacrificio puede suscitar el bienestar de mi nuevo país. Pero nada saludable puede crecer de un suelo saturado de sangre, y por eso lo conmino a que la mía sea la última derramada. La fortaleza con que usted ha sostenido la causa que triunfa ahora ganó mi admiración en días más felices, y ruego porque no mengüe en la obra pacífica de conciliación que está por llegar.” Cuando llegaron al lugar indicado, dio dinero a los soldados bajo cuyas manos iba a caer, pidiéndoles que apuntaran al corazón pues deseaba que su madre pudiese ver su rostro de nuevo. El oficial que iba a dar la orden de “fuego” le aseguró que detestaba ese deber, y le rogó que no muriera con una sombra de resentimiento hacia él. Maximiliano se lo agradeció y dijo que debía obedecer las órdenes. Mejía estaba en la mayor aflicción y abatimiento. Su esposa acababa de darle un hijo, y cuando dejaba la prisión la vio correr a través de las calles gritando enloquecida con el niño en brazos. El emperador se despidió de él afectuosamente diciendo: “General, lo que no es compensado en la tierra lo será en el cielo.” Estaba de pie entre los dos mexicanos; pero ya sea por humildad o magnanimidad o bien obedeciendo una memoria sagrada y solemne que se presentó a su mente en el último y horrible momento, se volvió hacia Miramón y le dijo que en estima de su valentía le iba a ceder el sitio de honor. Sus últimas palabras fueron: “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Que Dios salve a México!” Luego cruzó sus manos sobre su pecho y cayó atravesado por nueve balas [...] La memoria del extranjero de cabellos suaves que consagró su vida al bien de México, y que murió por una culpa que no era la suya, vivirá entre la gente por la cual luchó en vano, en el dolor antes que en la ira. Ya desde ahora podemos pronunciar el veredicto de la historia sobre su triste carrera. Su peor crimen fue aceptar el regalo traicionero del imperio, pero su desgracia fue mayor que su falta. Pienso que era con mucho el más noble de su raza, y que cumplió la promesa encerrada en sus palabras: “La fama de mis antepasados no degenerará en mí.”⁶

Con el fusilamiento de Maximiliano, México hace su entrada a la política internacional. Gracias a él y a la intervención francesa, visitaron México numerosos viajeros, geógrafos, empresarios y, desde luego,

⁶ Lord Acton, *Surgimiento y caída del Imperio mexicano*, traducción de Adolfo Castañón, Reino Unido-México, Mexican Cultural Centre, 2015, p. 32.

militares, como ha documentado exhaustivamente Jean Meyer en *Yo, el francés* (2002). Los liberales, encabezados por Benito Juárez y Porfirio Díaz, continuaron con nuevos bríos los proyectos del Imperio en el ámbito social y cultural. Una herencia paradójica de Maximiliano fue la de haber reconocido la existencia de las lenguas y culturas indígenas. El ascendiente educativo y político, civil y arquitectónico de la cultura francesa dejó una profunda huella en la cultura mexicana en los años de Porfirio Díaz.

El 24 de mayo de ese 1867, Benito Juárez le escribió al Maximiliano prisionero: “¿Es dado al hombre, señor, atacar los derechos ajenos, apoderarse de los bienes ajenos, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud? Pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la Historia. Ella nos juzgará.” Las últimas palabras de Maximiliano al caer fusilado —“Hombre, hombre...”— dialogan en el tiempo con aquellas.

El poeta italiano Giosuè Carducci evocó, no sin ambigüedad, el episodio en unos intensos versos en su “Miramar”:

No a tu infame prosapia purulenta,
o ardiendo en su furor real, quería;
sino a ti, y hoy te tomo, renacida
flor de Habsburgo;
y a la gran alma del señor Cuauhtémoc,
que aún reina bajo el pabellón del sol,
te doy en hostia, ¡oh puro, oh fuerte, oh bello
Maximiliano!⁷

Aunque solo duraron unos años, los episodios de la intervención francesa y el Imperio produjeron una copiosa y a veces prolija literatura. ¿No es significativo que Victoriano Salado Álvarez haya dedicado un tomo de más de setecientas páginas a este episodio, y que la segunda parte de esta saga se resuelva en una novela que participa del vodevil y la liturgia? Para la mayoría liberal, el archiduque encarnó, con distintos matices, a la ingenuidad: “La pobre víctima —víctima propiciatoria, ejemplo que acabó con muchas tentaciones— despierta hoy la compasión de todos, no su perdón”, dice Alfonso Reyes;⁸ para otros, apareció como un mártir. La inverosímil aventura imperial y su culminación en el fusilamiento suscitaron el

estupor de todos: “en esos momentos se escuchan tres descargas y un clamor que no se sabe si baja desde lo alto del cerro hacia el valle en que la ciudad se asienta, o si sube de la ciudad hacia la colina”.⁹ Al lector de la historia solamente le toca tratar de transmitir limpiamente los eslabones de su memoria.

Como ha sucedido con otros héroes —el Cid o Emiliano Zapata—, la leyenda de la falsa muerte envolvió la del archiduque. En San Salvador un historiador local, Rolando Deneke, quiso documentar que Maximiliano —con un nuevo nombre, Justo Armas— había huido y que había alcanzado los cien años en ese país. De esta leyenda ha hecho eco la escritora Anamari Gomís en *La vida por un imperio*.¹⁰

“La estrella que alumbra el Imperio”: Carlota en la Península de Yucatán (1865)”, título del discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia de Mario Humberto Ruz, propone otra estribación de la historia en torno a la feliz y efímera visita de la emperatriz a Yucatán. Antonio Mediz Bolio, escritor yucateco amigo de Alfonso Reyes y partidario de Bernardo, citado por Jean Meyer en su respuesta al discurso de Mario Humberto, escribe hasta qué punto conmovió a la sociedad yucateca en Mérida la visita de Carlota a la península. La despedida que apareció en el periódico oficial decía: “La augusta señora deja a la población sumida en tal dolor que solo puede compararse al júbilo que causó la llegada.” Mediz Bolio refiere que los combates sostenidos en el sitio de Mérida fueron “uno de los relatos que más impresionaron mi infancia. Se había peleado calle por calle, casa por casa [...] Llovían granadas sobre la ciudad y caían a veces en los corredores de las casas. Generalmente no estallaban. Recuerdo cómo yo de niño jugué al boliche con mis primos con alguna de estas pelotas de hierro que andaban todavía inofensivas y oxidadas”.¹¹ ¿Qué tal que Carlota de Bélgica hubiese decidido quedarse en México y pelear su trono desde Yucatán? Enloquecer, sí, pero como guerrillera y viuda de un mártir o quedarse, a ser fusilada y humillada con su atrida. —

ADOLFO CASTAÑÓN (Ciudad de México, 1952) es poeta, ensayista y editor. Ocupa la silla II de la Academia Mexicana de la Lengua, de la que es miembro de número. Recientemente publicó *Por el país de Montaigne* (El Colegio de México, 2015).

7 G. Carducci, *Odi barbare. Rime e ritmi*, Bolonia, Zanichelli, 1921, fechado el 17 de agosto de 1878. Citado por José Luis Bernal en “‘Miramar’ o cómo percibió Carducci la muerte de Maximiliano”, *Anuario de Letras Modernas 1995-1996*, vol. 7, 23, 1997, pp. 71-86.

8 “XXVI. Intervención napoleónica en México y sus antecedentes”, *Obras completas*, t. v, Ciudad de México, FCE, 1995, p. 281.

9 Victoriano Salado Álvarez, “Querétaro. Novela en cinco jornadas”, *Episodios nacionales mexicanos*, segunda parte, t. VII (1ª ed. J. Ballezá y Cía. 1902), México, FCE/Instituto Cultural Cabañas/INBA, 1984, p. 707.

10 Ciudad de México, Ediciones B, 2016.

11 Antonio Mediz Bolio, “Imperialismo de ultratumba”, en *A la sombra de mi ceiba. Relatos fáciles*, Ciudad de México, Ediciones Botas, 1956, pp. 25-26.

Las imágenes del último Maximiliano

ESTHER ACEVEDO

36

LETRAS LIBRES
JUNIO 2017

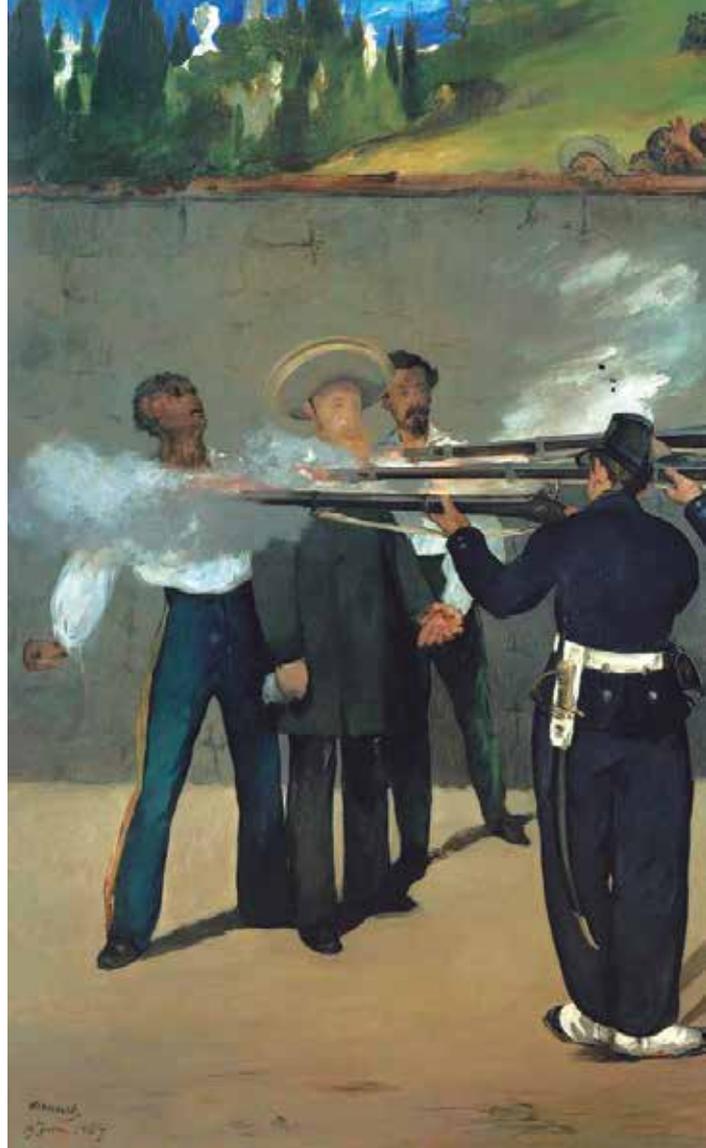
H

AY GRABADOS, litografías y fotografías del fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo que sirvieron como registro de las noticias de la época o incluso promovieron valores cívicos o morales. En 1867, la fotografía era

un recurso extendido en el mundo y representó para los ciudadanos del siglo XIX un nuevo modo de ver los momentos históricos. La “objetividad” de la fotografía empezaba a desbancar a la litografía y un notable progreso en la reproducción de imágenes había comenzado ya. Hacía setenta años la litografía había sustituido al grabado en metal como medio preferido de reproducción masiva, y ahora la fotografía tomaba ese lugar. Sin embargo, pese a que la fotografía había alcanzado el estatus del mejor instrumento para retratar la realidad, fue hasta la década de los ochenta del siglo XIX que pudo insertarse en las publicaciones periódicas; de modo que al momento de informar sobre el fusilamiento de Maximiliano los diarios del mundo solo reprodujeron litografías.

A pesar de ello, la historia visual alrededor de aquella muerte tuvo especial resonancia en la fotografía y la pintura. Fotógrafos y artistas fueron cautivados por la trágica imagen del emperador caído del Segundo Imperio en México.

Uno de ellos fue François Aubert, un pintor francés que expuso en el célebre salón de 1851 en París, y poco después partió a Centroamérica. En México conoció al fotógrafo Jules Amiel, de quien aprendió el oficio. En 1864 le compró su estudio y se instaló en la calle de San Francisco 7, junto a otro fotógrafo, Méville. Aubert estuvo muy cerca de la corte de los Habsburgo: no solo hizo los retratos de los emperadores, sino que fotografió la Capilla de Palacio, el salón de Iturbide, el Jardín Borda y vistas desde el Palacio de Cortés en Cuernavaca. Fuera de la corte retrató al pueblo mexicano y dejó fotografías de los distintos oficios que ejercían los trabajadores de la ciudad, a los que comúnmente se les ha denominado “tipos mexicanos”, que representaron “una fracción difícil de aprehender de sociedades al borde de la urbanización: aquellos

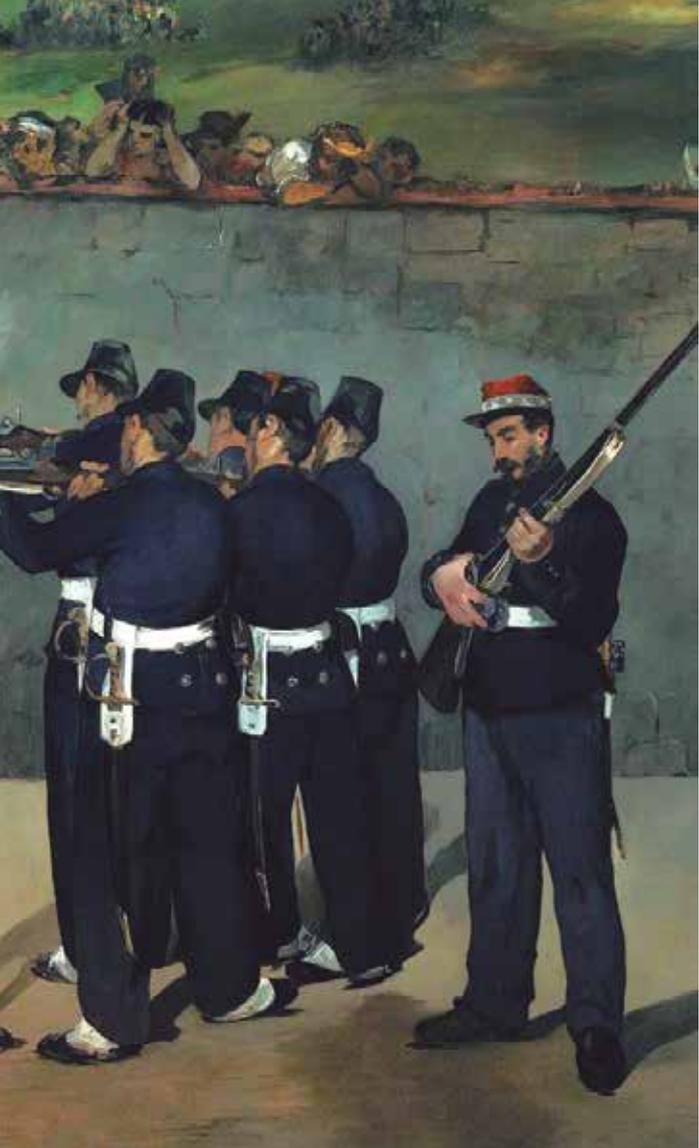


El retrato de Maximiliano de Beaucé es muy distinto al de **Manet**, a pesar de que entre ambas obras hay apenas **dos años** de diferencia.

personajes que no alcanzan aún el rango de ciudadanos, y sin embargo son indispensables al buen funcionamiento de la urbe en crecimiento”.¹

A pesar de que había un fotógrafo oficial de la corte, Julio María y Campos, Aubert fue el fotógrafo favorito del emperador. No fue él, sin embargo, quien tomó la que se conoce como la “última fotografía de Maximiliano”, que se debió de haber hecho entre el 16 de mayo y el 19 de junio. En la fotografía, Maximiliano

¹ Olivier Debroise, *Fuga mexicana. Un recorrido por la fotografía en México*, Ciudad de México, CNCA, 1994, p. 106.



lleva el traje de oficial mexicano con una serie de insignias. Aparece delgado, con un bastón y un catalejo. Seguramente él mismo pensó la forma del retrato, dado que se había distinguido en todo su reinado por especificar los detalles de los programas iconográficos que se hicieron en el periodo. Así, en esta albúmina, llevar el sombrero mexicano tenía un sentido claro: “mi vida por un México feliz”. El hecho de que sea la única fotografía que se ha encontrado en los archivos nos habla de que el autor de ese retrato, que permanece anónimo, fue un fotógrafo mexicano al que le permitieron la entrada al convento de las Capuchinas.

Aubert llegó a Querétaro días después de la toma de la ciudad. No se sabe que haya habido algún fotógrafo junto a los ejércitos durante el conflicto y solo los médicos acompañaron a los militares para dar fe de la muerte de los sentenciados.² Aubert tomó varias

² Estuvieron presentes en el fusilamiento además de los militares, el Dr. Melesio Calvillo y Hoyos y el franco belga Dr. Szenger Ede. Ni Calvillo ni el Dr. Carpio quisieron incorporarse al proceso del embalsamamiento.

XIV | P | r | e | m | i | o | V | a | l | l | a | d | o | l | i | d
B | i | n | a | c | i | o | n | a | l
a las letras
novela / cuento infantil

Premiación

\$230,000.00 MX

A repartir

Novela: \$ 150,000.00 MX

Cuento: \$ 80,000.00 MX

Fecha de cierre 1 de Julio de 2017

contacto

premioletras@sistemavalladolid.com | Guatemala
(669) 981 21 06 | ext. 112 | (502) 233 30 352
01 800 506 52 27 | 233 30 353

www.sistemavalladolid.com

fotografías de la ciudad destruida, cuyas placas de vidrio se conservan en el Museo Real de la Armada en Bélgica.

El sitio donde ocurrió el fusilamiento estuvo protegido por el ejército mexicano y se piensa que no se tomaron fotografías de la ejecución del emperador. Aubert hizo una serie de tomas señalando el lugar en el que había estado Maximiliano con una M coronada, símbolo del Imperio. Varios artistas aprovecharon sus fotografías para elaborar fotomontajes que reconstruían el fusilamiento.

Algunas fuentes han llegado a la conclusión de que la princesa Agnes Salm-Salm tenía las prendas de Maximiliano y se las prestó a Aubert para que las fotografiara. Las imágenes de la camisa blanca y el chaleco que llevaba Maximiliano ese 19 de junio, que están también en Bélgica, son una crónica paralela a lo que se reprodujo en los diarios. El 21 de septiembre apareció en periódico *El Globo* este relato:

El emperador recibió cinco tiros, cuatro en el vientre y uno en el pecho: cayó en tierra estremeciéndose y haciendo señal de que se acabase la obra. Dos soldados dispararon sobre él a quemarropa y los dos tiros se cebaron. Entonces se hizo disparar a otro soldado y la bala penetró en el costado derecho haciendo arder la ropa. En su dolor Maximiliano

arrancó el cuarto botón de su chaleco: el criado le echó un poco de agua sobre el pecho para acabar el fuego. Por fin un último cabo a quemarropa atravesó el corazón de Maximiliano y puso fin a sus sufrimientos.³

Unos meses después del fusilamiento, en septiembre de 1867, Aubert publicó este anuncio: “Se hallan a la venta las vistas históricas del sitio de Querétaro, retrato de Maximiliano muerto y personajes históricos. Se reciben suscripciones y encargos con pago adelantado...”⁴ ¿El retrato de Maximiliano muerto? Desde la Colonia, en México prevaleció la tradición de los “angelitos muertos”, pinturas o fotografías de niños muertos. ¿De esa tradición bebió Aubert al retratar a Maximiliano?⁵ La fotografía del cuerpo sin vida de Maximiliano lo muestra en su modesta caja de madera, con ojos de vidrio negro, seguramente después del primer embalsamamiento hecho en Querétaro por los doctores Ignacio Rivadeneyra, inspector del cuerpo médico, y Vicente Licea, a quienes les llevó cinco días el procedimiento. Aubert se encontraba en Querétaro y halló la manera de fotografiar el cadáver embalsamado. El segundo embalsamamiento se hizo en la capilla de San Andrés en la Ciudad de México, con el cuerpo totalmente maltratado.

Las fotografías de Aubert tuvieron mucha difusión en México y en Europa. En Francia, sin embargo, las censuraron durante los meses que siguieron a la ejecución. Francia estaba de fiesta a propósito de la inauguración de la Feria Internacional de 1867 y quiso evitarse que una información desfavorable al país se propagara de ese modo. La paradoja es evidente: el advenimiento de los emperadores había originado una gran variedad de imágenes acerca del exitoso colonialismo francés, pero la ejecución de Maximiliano, Mejía y Miramón en Querétaro produjo representaciones que fue mejor censurar.

Los pintores de la Academia, por su parte, no hicieron ningún cuadro sobre el suceso, pero en 1873 Manuel Ocaranza, pintor michoacano del romanticismo mexicano, presentó un óleo que hoy está desaparecido: *La princesa Salm Salm pidiéndole a Juárez perdón por la vida de Maximiliano*.



Encuétralo en
www.LibreriaCide.com
Coordinación editorial CIDE. Tel. 5061 4003, editorial@cide.edu
@LibrosCIDE

Siempre
Profundo
Social
Libros
www.LibreriaCide.com

3 Tomado de Arturo Aguilar Ochoa, *La fotografía durante el Imperio de Maximiliano*, Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1996, p. 47.

4 Aguilar, *op. cit.*, p. 46.

5 Sería interesante saber cuántas fotografías hay de personajes célebres muertos en esas fechas. La escultura hizo durante largo tiempo monumentos mortuorios siempre ennobleciendo la figura, pero no hay antecedentes de fotografías en la historia occidental.

Supuestamente inspirado por las fotografías de Aubert, Édouard Manet pintó el fusilamiento de Maximiliano, y con sus cuadros cambió el modo de hacer pintura histórica decimonónica: se propuso utilizar primeros planos, pocas figuras y una paleta de colores restringida. Con sus cuadros de Maximiliano, Manet inauguró una nueva manera de representar episodios históricos desde el arte: sus cuadros ya no contenían la historia de una intrincada batalla con numerosos elementos, era un batallón y las tres víctimas. Al fondo, un paisaje mexicano y un puñado de testigos.

Ante la censura de las fotografías de Maximiliano en Francia, Manet consultó con pintores que habían estado en México, como Jean-Adolphe Beaucé, un respetado artista que llegó a hacer pinturas para el Palacio de Versalles, quien llevó a Francia cientos de bocetos de escenas mexicanas.

Los cuatro cuadros sobre Maximiliano de Manet están dispersos en el mundo: el primero —en orden de creación— se encuentra en The Fine Arts Museum en Boston, el segundo está en The National Gallery en Londres. Buscar una forma innovadora de hacer pintura histórica no resultaba fácil, así que este último cuadro fue recortado por Manet en sus extremos. La tercera versión se encuentra en Estocolmo, en la Ny Carlsberg Glyptotek. (Entre la tercera versión y la última, Manet hizo una litografía que fue censurada en Francia.) La cuarta y última versión está en el Museo de Mannheim en Alemania. Ninguno de los cuadros fue exhibido en Francia durante la vida del pintor. Hasta 1905 la serie completa fue mostrada al público en el Salón de Otoño parisino.

El Segundo Imperio terminó con la ejecución del emperador y el exilio de la emperatriz. La muerte de Maximiliano fascinó a diversos artistas que legaron imágenes románticas y heroicas de un personaje inusual en la historia de México. El punto de vista de aquellos pintores no estuvo exento de contrastes. El retrato al óleo de *Maximiliano a caballo* (1865) de Jean-Adolphe Beaucé es muy distinto al Maximiliano de Manet, a pesar de que entre ambas obras hay apenas dos años de diferencia. En la primera, Maximiliano viste el uniforme del ejército mexicano y aparece rodeado por figuras pequeñas en segundo plano, un esquema tradicional de la pintura histórica. En cambio, Manet lo muestra con sombrero mexicano, recibiendo las balas. Maximiliano, Miramón, Mejía y los soldados aparecen todos en primer plano y tienen una altura similar. —

ESTHER ACEVEDO es historiadora especializada en historia del arte. Es profesora investigadora de la Dirección de Estudios Históricos del INAH. Entre sus libros está *Testimonios artísticos de un episodio fugaz, 1864-1867* (MUNAL/INBA, 1995).

Tulpa Max, la vida después de una resurrección

C. M. MAYO

U

NA FORMA DE decirlo es que los novelistas históricos nos dedicamos al oficio de la resurrección.

¿Pero a quién, o qué es lo que precisamente traemos a la vida? Estos personajes surgidos de nuestra

imaginación, con todo y que estén basados en seres que fueron alguna vez carne, sangre y hueso, ¿son capaces de escapar de la página y, como los *tulpas* de la tradición esotérica tibetana, adquirir su propia voluntad y acechar a sus creadores? En el caso de Maximiliano de Habsburgo, ese archiduque de Austria que terminó tanto su reino de emperador de México como su vida ante un pelotón de fusilamiento en Querétaro hace ciento cincuenta años, y sobre quien basé un personaje en mi novela sobre la verdadera historia de Agustín de Iturbide y Green, *El último príncipe del Imperio mexicano*, debo confesar que sí. Este Maximiliano me acecha.

Para empezar, poco después de la publicación de la novela (hace más años de lo que me gustaría contar), “Tulpa Max”, así le podemos llamar, incitó una pequeña avalancha de correspondencia digital, la cual hasta la fecha continúa retumbando en mi programa Outlook Express.

¿Había visto el megaalebrije “Amor por México, Maximiliano y Carlota”?

¿Era Maximiliano masón?

¿Qué pensaba de la leyenda de Justo Armas (supuestamente se trataba de Maximiliano que había escapado del pelotón de fusilamiento y había hecho una nueva vida en El Salvador)?

De otra lectora, Maruja González, amiga de un amigo en San Miguel de Allende, recibí, junto con el generoso permiso de publicarlo en mi blog, su relato de familia titulado “Las peritas del emperador”. Sucedió que cuando Maximiliano visitó aquella ciudad en 1864 se hospedó en la casa de sus tatarabuelos:

...y ahí se le hizo solemnísimos banquetes con música y solistas y las señoras encopetadas lamentaron mucho la ausencia de la emperatriz, Carlota, como ya le decían de cariño. Todas estas señoras de la crema y nata de San Miguel se pulieron haciendo rebuscados manjares a cual más exquisito y lucidor. Una de mis tías tuvo a bien preparar unas peras en almíbar que encantaron al monarca, quien se volcó en elogios a tan maravilloso postre...

Un mensaje como de ultratumba –aunque más bien se tratase literalmente de una tumba– vino de Jean Pierre d’Huart, tatarasobrino del oficial belga asesinado de un tiro en la cabeza en la carretera cerca de Río Frío en marzo de 1866. Ese desafortunado oficial era miembro de la delegación que vino a México después de la muerte del padre de Carlota, el rey Leopoldo de Bélgica, y de la asunción a ese trono de su hermano, Leopoldo II (sí, el responsable del episodio infame del Congo). Que unos bandidos atacaran de forma tan descarada a un personaje de altísimo nivel en esa arteria de comunicación –de la Ciudad de México a Veracruz– fue considerado en aquel entonces y lo es hasta hoy, tanto en México como en el extranjero, un parteaguas para el gobierno de Maximiliano, un heraldo de su derrota. Había una imprecisión en mi novela, de la cual Jean Pierre me informó con gentileza. El barón d’Huart asesinado en Río Frío no era Charles, que en ese momento se encontraba en México con el ejército francés imperial, sino su primo distante, Frédéric Victor. Adjunto encontré una fotografía tomada en Tintigny, Bélgica, de su lápida, la base tapizada en musgo.

Pero el mensaje más edgarallanpoesco que hasta la fecha he recibido vino de un amigo, Roberto Wallentin, y consistía en la traducción que hizo su padre, el doctor Roberto Wallentin, de un artículo publicado en un periódico húngaro de 1876 y escrito por el también doctor Szender Ede. Los expertos en el Segundo Imperio reconocerán al doctor Ede como el individuo responsable del grotescamente inepto embalsamamiento del cadáver de Maximiliano. Szender Ede dice en su texto:

Durante mi labor en el embalsamamiento, y después también, hubo mucha gente que me pidió si podía conseguir los objetos personales del difunto. Que yo sepa, Maximiliano durante su cautiverio en Querétaro, todo lo que tenía personal, lo mandó por interpósitas personas a diferentes miembros de su familia. Lo único que quedó en su habitación era la cama de “ferro” donde dormía. El doctor Rivadeneyra le aseguró al doctor Basch que el

emperador se la había regalado y por eso el doctor autorizó de buena fe la “donación” a él. Por otro lado el doctor Licea (y esto inclusive lo comentó la prensa mexicana) hizo un verdadero negocio con objetos que –según él– eran de Maximiliano. Yo me quedé con algunos mechones del cabello de Maximiliano y gran parte de ellos se la regalé a mis amigos en San Luis Potosí.

Más que correspondencia desde las profundidades del ciberespacio, Tulpa Max incita comentarios, por lo general amables, pero de vez en cuando agresivos. Estos últimos me han revelado, y no enteramente para mi sorpresa, que muchos mexicanos están convencidos ciegamente de que por haber publicado una novela que tiene que ver con Maximiliano su autora debe de ser aficionada tanto a los supuestos encantos de ese antiguo aristócrata de barba rojiza como a su anacrónica filosofía política. Obviamente tales personas no han leído mi libro, en el cual, siguiendo de cerca la historia documentada, Maximiliano es capaz de decisiones crueles –tales como su trato de la joven madre estadounidense de Agustín de Iturbide y Green, y el decreto de la banda negra (la proclamación de que cualquier persona encontrada con un arma podría ser ejecutada sin juicio), ni hablar de su determinación de reinstalar la esclavitud–. Es cierto que llevo toda la empatía de la cual soy capaz a mi retrato de Maximiliano. Pero la empatía –ver con el corazón– es para una novelista la primera, mejor y más poderosa facultad, y no necesariamente implica simpatía por los hechos o ideas del personaje en cuestión.

Hay muchas maneras de comprar un yate. Una de ellas ciertamente no es escribir una novela, a menos que seas J. K. Rowling. Por resucitar a Maximiliano mi más rica recompensa ha sido la cornucopia de oportunidades para “el banquete de la razón y el flujo del alma”. Cito al poeta inglés Alexander Pope, pues me gusta imaginar que así lo haría Maximiliano para describir mis reuniones con lectores, escritores colegas, y los estudiosos de una época de la historia mexicana tan sangrienta, exótica y laberínticamente transnacional.

Así que debo agradecer a Tulpa Max mi recorrido por Querétaro con la novelista Araceli Ardón. Y también por ese almuerzo en la Zona Rosa de la Ciudad de México con los historiadores Amparo Gómez Tepexicuapan y Michael K. Schuessler, en donde, entre rollos primavera y camarones en salsa agridulce y la pequeña interrupción de un terremoto, hablamos de las declaraciones de Maximiliano en náhuatl, de su jardinero Wilhelm Knechtel y de la visita que en 1865 le hicieron los kikápúes.

Porque sabía que iba a ser igual de fascinante como divertido, entrevisté para mi blog al historiador mexicano Alan Rojas Orzechowski acerca del pintor de la corte de Maximiliano, Santiago Rebull –quien fue, años después, profesor de Diego Rivera–. En el programa de radio de Guadalupe Loaeza charlé largo y tendido con ella y con Verónica González Laporte sobre los bailes imperiales de Maximiliano, la locura de Carlota y esa esposa tan joven e inverosímil del mariscal francés Achille Bazaine, Pepita de la Peña. Y hubo un momento brillante aquella tarde en la terraza del Centro de Estudios de Historia de México en Chimalistac cuando por casualidad pude hablar con Luis Reed Torres sobre uno de los generales de Maximiliano, el inmerecidamente olvidado Manuel Ramírez de Arellano, quien escapó de un pelotón de fusilamiento para terminar muriendo de fiebre en Italia.

Viajé a Puebla por la alegría de escuchar a Margarita López Cano hablar de óperas de Bellini y de Verdi en la época de Maximiliano.

El más memorable de mis encuentros fue un almuerzo de una tarde entera con el historiador Guillermo Tovar de Teresa en su casa antigua en la colonia Roma –mantel de encaje y tamborileo de lluvia en las ventanas–. Siempre quise conocer al autor de ese glorioso libro, *La ciudad de los palacios*. Hasta que oscureció conversamos sobre Maximiliano y los Iturbide, de Miramón y los más escasísimos libros de colección.

Hablando de libros de colección, atesoro mis ejemplares autografiados por el historiador austriaco Konrad Ratz. Hasta su fallecimiento en 2014, fue incansable investigador de la vida y gobierno de Maximiliano. Fue un gran honor presentar el libro que escribió al lado de Amparo Gómez Tepexicuapan, *Los viajes de Maximiliano en México (1864-1867)*, una noche estrellada en el mismísimo Castillo de Chapultepec.

Tulpa Max, que lo que más ama es oír hablar de sí mismo (incluso de su cadáver desecado con los ojos alzaprismados de una estatua de la Virgen y sus piernas rotas para que cupieran en el ataúd), ahora se encuentra de pie. El color se ha levantado en sus mejillas y sus ojos abiertos brillan como los de un zorro. Desliza la palma de su mano enguantada sobre su barba y levanta la nariz para aspirar lo que desearía que fuera una brisa de mar. Pero es apenas el aroma de mi taza de café. Nada de ajo, no todavía.

Ahora, con tu permiso, querido lector, voy a bajar mi correspondencia cibernética. —

C. M. MAYO (El Paso, Texas, 1961) es autora de la novela *El último príncipe del Imperio mexicano*, traducida por Agustín Cadena y publicada por Grijalbo.

IM-PULSO

Música Escena Verano UNAM

Foro privilegiado para la música y escena donde compañías profesionales y emergentes trabajan en interdisciplina. Es además plataforma de estímulo para la creación artística de jóvenes.

AGOSTO

Mostrará la riqueza y variedad de la edición universitaria en el mundo. Acompañada de un importante programa cultural y un encuentro especializado, brindará visibilidad y proyección al sector editorial.

Feria Internacional del Libro Universitario

AGOSTO

Día Internacional de la Música

Música contra el olvido

La UNAM será el espacio para la celebración de las múltiples músicas. Con una amplia convocatoria a artistas profesionales y *amateurs*, esta conmemoración se suma al Día Internacional de la Música establecido por la UNESCO.

OCTUBRE

Propone una exploración creativa e intelectual entre el arte y la ciencia, como dos caras de una misma moneda: el conocimiento. *Las fronteras de la física* es el tema que guiará su programación.

El Aleph

Festival de Ciencia y Arte

OCTUBRE

Noviembre, mes de la experimentación, la innovación tecnológica y las vanguardias artísticas

Espacio propicio para la transdisciplina e innovación tecnológica en el ámbito artístico. Propuestas experimentales y de vanguardia enriquecerán su oferta.

NOVIEMBRE

Destacados artistas y académicos, animados por el espíritu del debate, participan en una reflexión colectiva sobre el estado de la cultura en el contexto de los nacionalismos y neofascismos en la *Era Trump*.

Campus del pensamiento

NOVIEMBRE